



# Ruta Verdaguer en Ordino

Mr. Cinto Verdaguer

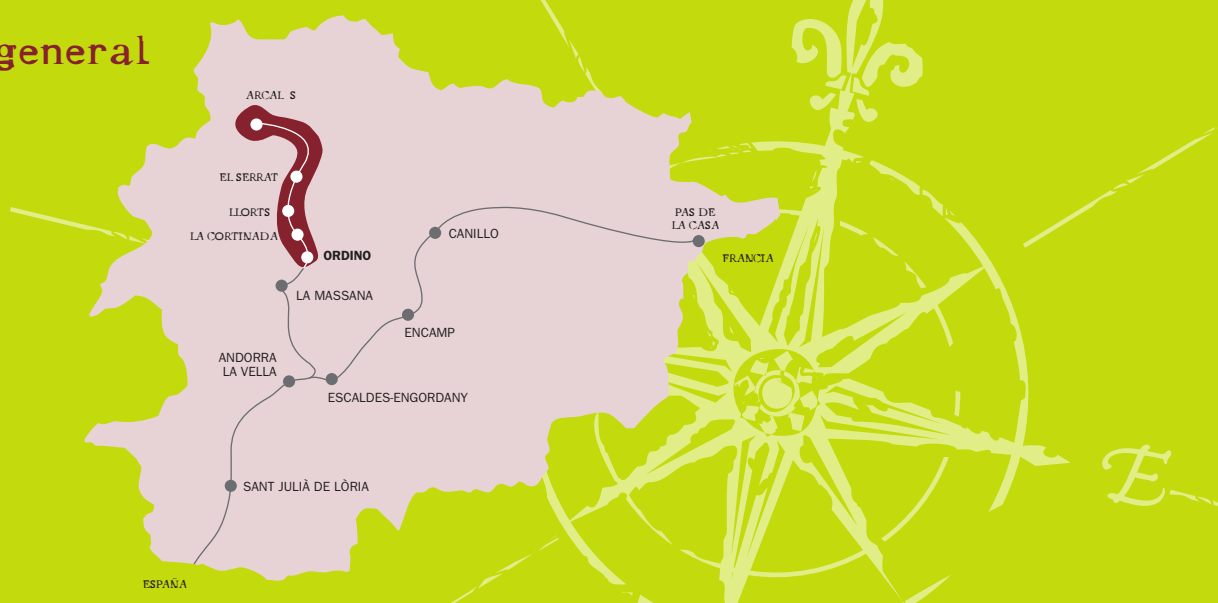


## Biografía

Jacint Verdaguer fue, además de sacerdote, uno de los escritores del Renacimiento más importantes para la lengua catalana. Nacido en Folgueroles en el año 1845, era hijo de una familia modesta, pero no inculta, y rápidamente descubrió el interés por la tradición popular. Internado en el seminario de Vic, donde cursó la carrera eclesiástica, se familiarizó con la retórica y los clásicos y se inició en la escritura poética. Entre sus títulos destacan los poemas épicos de factura romántica, *La Atlántida y Canigó*, y los libros de poemas *Idilios y cantos místicos*, *Patria*, *Montserrat*, *Flores del Calvario* y *Aires del Montseny*. En prosa publicó *Excursiones y viajes*, *Dietario de un peregrino a Tierra Santa*, una recopilación de cuentos y el libro de artículos publicados en la prensa *En defensa propia*.

El itinerario que les proponemos hoy es uno de los que el poeta realizó para escribir *Canigó*, subtulado *Leyenda pirenaica del tiempo de la Reconquista*, y que recorre los Pirineos, estudia su geografía, historia, folklore y leyendas. De este modo, convierte *Canigó* en una de las obras maestras de la literatura catalana.

# Situación general



→ Lago de Creussans

→ Lagos de Tristaina



## Introducción

25 de agosto de 1883

Muy de mañana subimos a Montcalm. La subida es vertical y rocosa; casi en la cima se encuentra la fuente que mana de un gran helero. Montcalm, de 3.080 metros de altura, es llano, por eso lo llaman la Plana, mientras que dan el nombre de pico de Montcalm a una colina mucho más baja, pero casi inaccesible, que acaba en punta. Se descubre parte de Andorra, todas sus montañas, algunas de El Pallars, las innumerables de Ariège y las de La Cerdaña, y Cadí, Puigmal y Canigó en el extremo. El espectáculo es triste: rocas blancas hieren la vista por todas partes, manchadas de heleros más blancos aún; algún lago en la vertiente de las sierras, dando la impresión los cuatro de [...] que están al noreste, colgados el uno sobre el otro en una pendiente de sierra. Se ve cara a cara Montarenyo, que en Montgarri llaman montaña de Cerví. La Roja, que se ve también desde Aulús. Estas últimas, las vi mejor desde la pica de Estats (3.140 m), que está a unos tres cuartos de hora, formando una horca. Desde allí se ve El Pallars, especialmente Àreu, que muere a los pies de la misma sierra; las colinas hacia Tor y Setúria.

Pica d'Estats

Montcalm



Desde la pica de Estats volvimos al Montcalm y al mediodía, emprendimos el descenso. Media hora o tres cuartos abajo atravesamos un helero, que debía de ser muy hondo, puesto que se había hecho en él una grieta de un metro de ancho. Más abajo se ve un lago de gran fondo. Desde sus orillas nos desviamos al este por una gleba de hierba gruesa, que resbalaba como un cristal, empujados por la lluvia, que nos hacía el descenso sumamente penoso. Unas dos horas y media estuvimos bajando de Montcalm a la ribera y, como la lluvia no paraba, nos cobijamos en una gruta de pastores. A las cuatro retomamos el camino, viendo parar la lluvia y serenarse el cielo por el lado de Tolosa. Seguimos la ribera de Soulcén hasta encontrar el camino del puerto de Arensal o Negre, que sigue, hasta la cima de la sierra, un riachuelo que baja en forma de cascada. Más arriba de ésta hay una cabaña, y desde allí a la cima todavía hay una subida de media hora.



Cultivos



## Punto 1

Llegamos al puerto. El guía me enseñó, tres o cuatro horas más abajo, unos cultivos, y me dijo que debía dirigirme hacia allí. Se giró diciéndome «adiós», y yo, con la maleta a cuestas, empiezo el descenso.





## Punto 2

Debajo mismo del puerto hay una altiplanicie. Busqué por ella algún rastro de camino, y, si lo había, había sido completamente borrado por el granizo que acababa de caer. Fui hacia poniente, debajo de la altiplanicie vi un gran precipicio; me dirigí hacia levante, y, aunque no vi ningún sendero por ningún lado, la emprendí cuesta abajo, resbalando por la hierba mojada y con peligro de despeñarme. El miedo a caer me obligó a ponerme en la mano la pesada maleta, y, arrastrándola por la pendiente, o adelantándola paso a paso, fui bajando la difícil montaña.





### Punto 3

En eso, acababa de oscurecer. Vi un gran lago ante mí, y por sus orillas no encontré ningún camino. Canchales peligrosos por aquí, hierba verde por allá, y la oscuridad por todas partes, volviéndose más negra en cada punto. Me pareció que el lago estaba colgado de un gran risco, de donde era difícil bajar, y retrocedí, y me dirigí hacia el oeste por una cuesta, buscando, por un camino de cabras que veía, una salida mejor. Encontré, en efecto, un rastro de camino que me ayudó a bajar del risco, desapareciendo ante mí.



## Punto 4

La noche había caído ya con toda su oscuridad. Yo me encontraba debajo del risco, pero en una cuesta herbosa casi tan vertical como el precipicio de arriba. Los trozos de hierba resbaladiza sucedían a los canchales, donde era fácil romperse una pierna, o piedras y césped mezclados me ponían doble obstáculo y peligro a la vez. La amplitud del cielo me decía que el valle no era tan pequeño como yo temía, y el rumor del torrente que murmuraba, crecido con el agua y el granizo que acababa de caer, me decía que en medio de éste y la cuesta había algún espacio. Eso me animó, y, paso a paso, palpando con el paraguas, a rastras y a cuatro patas, atravesé el pedrisco y llegué a la ribera.



## Punto 5

Allí grito, silbo, jaleo, y no me responde sino el torrente, con su voz fuerte y aterradora. Levanté los ojos hacia el cielo y me pareció ver parpadear una estrella entre las pesadas y grandes nubes que se arrastraban de una cima a otra. Aquella estrella me dio la impresión de que era un ojo que me observaba desde allí arriba y me tranquilicé. «Dios sabe que estás aquí», me dije a mí mismo, «y Él cuida hasta del insecto que labra el polvo». Serenado, me pongo en sus divinas manos, reconfortado de pasar la lluvia bajo una piedra, si hacía falta, de privarme de cenar como me había privado de comer, por haberseme acabado a media mañana las provisiones. Lo que no me gustaba era la humedad del aire y de la tierra, que manaba por todas partes, y el frío glacial que despedía la granizada, además del propio de tales alturas. Volví a silbar y a jalear, y nada: la más completa y fría soledad me rodeaba.



## Punto 6

Procurando hundir la mirada en aquellas tinieblas palpables, avancé un tiro de piedra hacia donde el torrente roncaba más fuerte, avisándome de que sus aguas sufrían, desgarradas en un horrible precipicio. «Si no encuentro el sendero, tendré que hacer noche aquí.» Alzo de nuevo mi corazón a Dios, y me pongo a escudriñar arriba y abajo por el mismo borde del abismo. A la luz de las estrellas, que ya eran algunas, llego a ver blanquear a mis pies un caminito que bajaba atrevido, como una escalera de cuerda de un tejado. Me acerco e intento bajar por él, no dando un paso sin hacer ir por delante el bastón del paraguas. Llego abajo y, ¡oh, fortuna!, aquel caminito, como una mano misteriosa, me fue guiando por la orilla del río a través de regatos y torrentadas que se inclinaban, pudiendo hacerme caer con una piedra que se desprendiera, un tropiezo en un tronco de árbol, o un resbalón en la hierba fangosa.





## Punto 7

Así caminé largo rato, abatido y con las piernas dobladas por el peso de la maleta, molesto por el hambre, y más por la sed, no atreviéndome a beber agua por ser de granizo y estar muy sudado y, sobre todo, bloqueado por la oscuridad impenetrable. Era la primera vez que veía este país de Andorra, y no sabía en qué dirección estaban las primeras casas, si había leñadores en el bosque, pescadores en el río y pastores en la montaña. Pero «avancemos», me decía yo, «que, ribera abajo, algo debe de haber».



## V Punto 8

En efecto; de repente, oí más abajo ladrar a un perro, haciendo reverdecer en mi corazón la esperanza de encontrar ayuda. El rumor del agua en días de sed, el primer canto del ruiseñor en primavera, el grito de «¡tierra!» después de larga y tempestuosa navegación, nunca fueron tan dulces para mis oídos como aquel ladrido, que, mejor de lo que lo habría hecho una voz humana, parecía decirme: «Ven, viajero extraviado, a esta cabaña hospitalaria: si tienes sed, aquí tienes un vaso de leche para beber; si tienes hambre, hay un trozo de pan para comer; si tienes frío, aquí hay fuego para calentarte; si tienes sueño, aquí hay pajaza para dormir.» Eso era cierto; de todo había en la barraca, y el pan de la mesa del rey no me sabría tan bueno como aquel pan moreno, y no encontraría tan blandos como aquella pajaza sobre el suelo desnudo las almohadas de pluma de oca del más rico palacio.



## Punto 9 El Serrat

El pueblecito de El Serrat, no lo conozco mucho, por haberlo visto sólo pasando, y pasando deprisa. Está entre las dos líneas del Valira occidental, la riera de Rialb y la de Tristayna, que toma el nombre y las aguas de Tristany, tres lagos que se las vierten de uno a otro hasta el último, que las envía al Valira. En el pueblo, cerca del camino, hay una capilla dedicada a san Pedro.





## Punto 10 Llorts

El día siguiente, 26 de agosto, era domingo. Me levanté al rayar el alba para ir a celebrar la santa misa en Llorts, sufragánea de Ordino.

En Llorts poco hay de notable; la iglesia es sencilla y pobre. Dentro de una casa vi una mesa antigua que me recordó a la del conde de Pallars; es más ancha, de un grueso extraordinario, con rayas por adorno. Lástima que la cortaran unos cinco palmos, al encontrarla demasiado larga.



## Punto II La Cortinada

A medio camino de la parroquia se encuentra la sufragánea de La Cortinada.

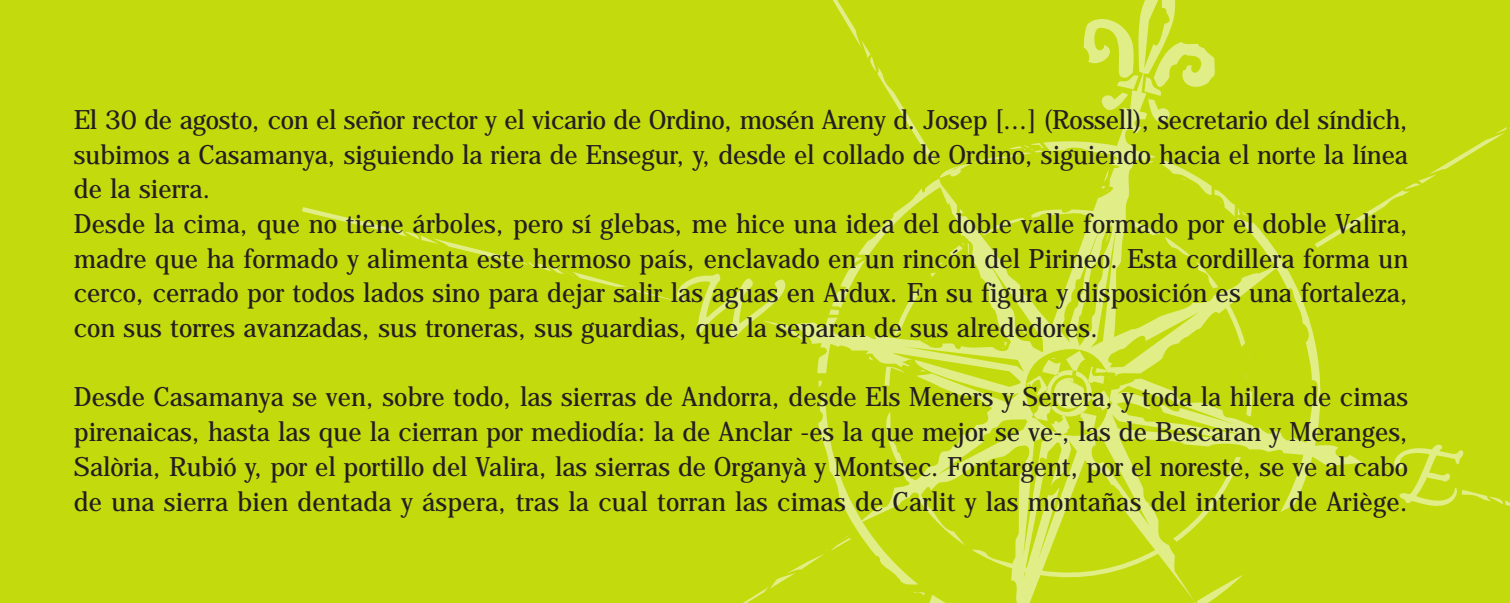
Hasta Ordino, y casi hasta Andorra, el valle es verdaderamente hermoso: bosques en las sierras, prados verdosos donde mana agua a cada lado del río. Cuando la ribera se ensancha, un pueblecito se asienta, coronándose de labrantío, como dicen aquí, donde se ven hileras de segadoras.





Ruta de Verdaguer  
en Ordino

*E* Casamanya



El 30 de agosto, con el señor rector y el vicario de Ordino, mosén Areny d. Josep [...] (Rossell), secretario del síndich, subimos a Casamanya, siguiendo la riera de Ensegur, y, desde el collado de Ordino, siguiendo hacia el norte la línea de la sierra.

Desde la cima, que no tiene árboles, pero sí glebas, me hice una idea del doble valle formado por el doble Valira, madre que ha formado y alimenta este hermoso país, enclavado en un rincón del Pirineo. Esta cordillera forma un cerco, cerrado por todos lados sino para dejar salir las aguas en Ardux. En su figura y disposición es una fortaleza, con sus torres avanzadas, sus troneras, sus guardias, que la separan de sus alrededores.

Desde Casamanya se ven, sobre todo, las sierras de Andorra, desde Els Meners y Serrera, y toda la hilera de cimas pirenaicas, hasta las que la cierran por mediodía: la de Anclar -es la que mejor se ve-, las de Bescaran y Meranges, Salòria, Rubió y, por el portillo del Valira, las sierras de Organyà y Montsec. Fontargent, por el noreste, se ve al cabo de una sierra bien dentada y áspera, tras la cual torran las cimas de Carlit y las montañas del interior de Ariège.

## *Canigó*

*Leyenda pirenaica del tiempo de la Reconquista*

Llenando el uno al otro, con murmullo,  
los lagos de Tristaina son más hermosos,  
Puig d'Alba y Fontargent, más luminosos  
con su brial de eterna nieve blanca.  
Incles y Ordino, valles son repletos  
de armonías, de sueños y misterio  
a la lluvia de luz del hemisferio,  
al resguardo de aquellas dulces alas.

Deje su nido el hada en buena hora,  
mejor Reina y señora  
en Meritxell tuvieron estos valles.  
Música da a sus plantas el Valira,  
que de Ordino a Soldeu, armoniosa,  
la forma tiene de una inmensa lira  
de cuerdas cristalinas.

*Fragmento de Canigó*  
*Jacint Verdaguer*



Pica d'Estats

Montcalm

Puerto de Creussans